

Joan Fuster

**RAIMUNDO LULIO Y VALENCIA
LA PRIMERA EDICIÓN DEL *BLANQUERNA***

Convendría que alguien hiciese un catálogo de tradiciones abandonadas y no sustituidas en la vida valenciana de los últimos ciento cincuenta años. Valencia fue, hasta el siglo XVIII, una ciudad de noble prestancia intelectual, y aun en los comienzos del XIX, a la hora del Romanticismo, se mantuvo a la altura de su pasado y de la actualidad más sugestiva. Sorprende observar hasta qué punto han decaído y se han olvidado disciplinas y actividades que en otros tiempos tuvieron entre nosotros una gran importancia e incluso una trascendencia internacional. Desde las humanidades hasta la erudición, el campo cultural dejado yermo es enorme, y un índice significativo nos lo proporcionaría, ya, la parca labor de nuestra imprenta, antes tan fecunda y estimada.

Una de estas bajas intelectuales, no la mayor, claro está, sería la de los estudios lulísticos. En Valencia tuvieron siempre una acogida apasionada, por lo general favorable, las teorías del famoso beato Barbaflorida: incluso aportamos nuestro contingente al bando de los detractores –a cargo, naturalmente, de los frailes dominicos– en la polémica secular en torno a Llull. Hoy, no creo quede nadie en nuestro país medianamente interesado por la obra del filósofo mallorquín. Comprendo que nuestros estudiantes de teología anden más tentados, si a eso llegan, por doctrinas y problemas *up to date*. La decadencia del lulismo, entendido a la manera clásica, es irremediable, y no seré yo quien lo lamente. Pero sí cabría esperar una prolongación estrictamente erudita, en el orden de los trabajos históricos, locales y filosóficos a la vez, de la vieja línea lulística valenciana. Por lo menos. Y lo peor es, como digo, que esta ausencia no viene suplida o compensada por otra aplicación intelectual semejante.

Dato notable del fervor valenciano por Ramon Llull es la primera edición de su *Llibre d'Evast e Blanquerna*, aparecido en nuestras prensas el año 1521. Conocido es el lugar destacado que el *Blanquerna* ocupa dentro del opus de Llull y dentro de nuestra historia literaria. Se trata de una verdadera novela filosófica. En ella, el beato Ramón nos narra la vida del hijo de Evast y de Aloma, que pasa sucesivamente por los estados de seglar, religioso, obispo, papa y ermitaño: como haría poco después de escrito el libro un papa de verdad, Celestino V. *Blanquerna* renuncia al papado para dedicarse a la contemplación. Llull aprovecha esta trama para trazar una utopía social, de acuerdo con su ardiente exigencia cristiana, y para ofrecernos lo mejor de su entera producción literaria; el *Llibre de Amic e Amat*.

La edición de 1521 la pagaba un canónigo mallorquín, mosén Gregori Genovart, y la cuidó otro clérigo, «mestre en arts», mosén Joan Bonllavi, «català natural de Rocafort de Queralt». Es curioso señalar que el *Blanquerna* se publicaba «traduït en llengua valenciana». Bonllavi –que, según tengo entendido, cambió su auténtico apellido Malbec (mal-pico) por el opuesto de Bonllavi (buen-labio)– hace constar en el prólogo que no es «docte ni menys llimat en dita llengua, com sia a mi peregrina i estrangera», y se excusa de tener que someter el original luliano, «en llengua llemosina primera», a esta «pseudo-traducció» al «valencià». En un arranque de mal humor llega a decir: «en esta llengua valenciana bastarda».

El prólogo de Bonllavi se presta a consideraciones muy interesantes acerca de la evolución lingüística de Valencia. Su versión *Blanquerna* aparece sólo veinte años después de la muerte de Roís de Corella, y cuando nuestra desvernaculización cultural

no había prosperado mucho todavía. Una comparación con los manuscritos conservados de la obra de Llull nos revela que su «traductor» se limitó a alterar un breve repertorio de léxico y algunas construcciones sintácticas.

La duplicidad de lenguas lemosina y valenciana se reduce, pues, a un problema de simple modernización de un texto antiguo. Otros testimonios contemporáneos de Bonllavi demuestran que los valencianos de aquel tiempo llamaban «llemosí» a la forma arcaica de su idioma, y «valencià» a la modalidad evolucionada y coloquial.

Sin embargo, hay indiscutiblemente una conciencia de aquella duplicidad, que será funesta para el futuro literario de nuestro idioma. La lengua viva, en adelante, quedará desligada de sus clásicos medievales y condenada al aislamiento dialectal. Todavía Bonllavi como después Onofre Almudéver, añorará «la gravitat antiga» del falso lemosín, y la «dolça memòria de aquell bon temps» de Llull en que aun no habían cuajado las «lenguas» valenciana, catalana y mallorquina igualmente «bastardas». El fenómeno dialectal era tan poderoso ya a principios del siglo XVI que, como vemos, arrastra –a su pesar, si se quiere– a personas como Bonllavi y el canónigo Genovart, ajenas a nuestro dialecto.

Con todo, la edición valenciana de 1521 es la única íntegra del *Blanquerna*. Hasta 1914, en que mosén Galmés y M. Ferrá publicaron un manuscrito de la primera mitad del XIV, no existía otro texto de la obra de Llull. Y aun, ahora, dado que el referido manuscrito carecía de sus primeros folios, la versión de Bonllavi continua siendo necesaria, a despecho de sus «retoques» lingüísticos, para reconstruir la totalidad del libro. Sobre ella, además, se hicieron las primeras traducciones al castellano de la novela luliana.

[*Levante. Valencia. Suplemento dedicado a sus hombres, a su historia y a su tierra*, 89, 18 noviembre 1955]